

RELATO FINALISTA
del IV Certamen Literario Manuel
V. Segarra Berenguer

Almas Capturadas

Celio Olivo

e

ESCRITORES EN SU TINTA

Relato finalista

IV Certamen Literario Manuel V. Segarra
Berenguer.

www.escriitoresensutinta.com

Almas capturadas. Celio Olivo 2021 ©

Diseño de portada: [Rafael Belda Ros](#)

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

ALMAS CAPTURADAS

PSEUDÓNIMO: Celio Olivo

Siempre estoy atento, acechando. Por eso me llaman poderosamente la atención aquellos vecinos que se van. La familia regentaba un restaurante y debido a la pandemia lo tuvieron que cerrar. Han perdido su apuesta, y por lo que se ve ya no les queda nada. Están cargando las maletas y un montón de enseres en un viejo monovolumen. Se llevan todo lo que pueden. Vacían el piso, y dentro de unos días habrá un cartel del banco o de las fincas. Tal como pasó con su establecimiento.

Captar imágenes es mi obsesión, malvivo de ello, y cojo mi cámara. Sé que la escena es buena, tiene fuerza. Refleja la cruda realidad. El matrimonio tiene tres hijos, dos adolescentes y una niña de unos siete u ocho años. Los dos mayores ayudan al padre, pero ella, la niña, se rebela y no para de protestar. Hasta que su padre le da una reprimenda. Ahora la niña se apoya en la pared, con los brazos cruzados bajo el pecho, triste, enfurruñada. Probablemente disconforme con la marcha sin retorno.

Debe de haber nacido aquí, tendrá compañeras de colegio, amigas... Disparo mi cámara desde la ventana, una, dos, tres veces. Pero la distancia debilita las imágenes.

Me apresuro con el desayuno y cuando acabo, dejo el plato y el vaso en el fregadero y salgo precipitadamente a la calle. Solo cuando estoy delante de ellos recuerdo que a los musulmanes no les gustan mucho las cámaras. Según dicen, hacerles una foto viene a ser cómo robarles el alma. Debo esperar la oportunidad de poder captar las imágenes con discreción, sin que se den cuenta. Me siento en el portal y enciendo un pitillo. Acaban de cargar unas sillas y el padre me mira de reojo. No puede ver la cámara, porque la tengo escondida a mis espaldas. Suben los tres una vez más al piso. La niña está en la calle, apoyada contra la pared. Su padre le habrá encargado que vigile el coche. Continúa enfadada, tiene el cejo fruncido. Tiro el cigarrillo y me acerco al monovolumen. Disparo: una, dos, tres, cuatro veces. La niña no me puede ver, está en

el lado opuesto. O quizás sí, no lo sé. Oigo voces, alboroto que proviene de la escalera. El hombre y sus dos hijos bajan a la calle y regreso enseguida a mi portal. Enciendo otro pitillo. Ahora cargan un colchón viejo. Lo atan en el portaequipaje. La niña, entretanto, me observa en silencio. Cuando acaban, el hombre y los muchachos desaparecen otra vez con aire abatido. Entonces, la niña cruza la calle, abre la puerta del vehículo y se sienta en el asiento trasero. Es una oportunidad. Me acerco enseguida a ella y enfoco la cámara hacia la ventanilla, pero es un cristal ahumado y me impide captarla con nitidez. Dudo, no sé qué hacer, cuando ella me sorprende bajando el cristal. También se ha quitado la mascarilla. Es muy bonita, tiene los ojos grandes y oscuros como la noche y los labios rojos como una herida sangrante. Su rostro ahora no expresa enfado, sino una mezcla de curiosidad y de tristeza. Intuyo una fuerza excepcional en ese instante. Dirijo el objetivo hacia ella, pero cuando estoy a punto de disparar la cámara

dudo. No está bien lo que hago. No está bien, me repito. Pero la niña alarga la mano, quiere coger mi cámara, y entonces retrocedo un paso, la enfoco de nuevo y disparo. Disparo una y otra vez con el placer de un sádico. Disparo con el gozo del cazador ante la gran presa. Su mirada repleta de tristeza es un obsequio impagable. La mejor imagen de la desolación, de un futuro perdido. Y como si no fuese suficiente, de repente sus ojos se humedecen y me regala un par de lágrimas. Dos perlas que se deslizan por sus mejillas. El corazón se me acelera. Deprisa, deprisa, me digo fusilándola con la cámara sin piedad mientras oigo como su padre y sus hermanos bajan ya a la calle. Nervioso, excitado, aprovecho hasta el último instante. Hasta ponerme en riesgo. Su padre es el primero en salir. Por suerte abraza una alfombra enrollada que le impide verme. Yo estoy todavía junto al monovolumen y escondo enseguida la cámara. El hombre me mira con desconfianza. “¿Qué quieres?”, preguntan sus ojos.

Observa a su hija. En aquel momento la niña se seca las lágrimas con la manga del jersey. Su padre la interroga, le pregunta algo que no comprendo. La niña sigue enfadada y sube el cristal de la ventana sin responder. Yo ya tengo lo que quería, más de lo que esperaba, y me voy discretamente ocultando la cámara. Cuando estoy en el portal me giro y echo un último vistazo. Ya han colocado la carga en el portaequipaje. Veo como la niña me observa desde el cristal trasero. Su interés por mí me desconcierta. Levanto una mano, para saludarla y también a modo de disculpa, y ella sonrío. La sonrisa más dulce que me haya dedicado nunca nadie. La capturo enseguida, no con mi cámara, sino con mi corazón, y le deseo la mejor suerte.

Una vez estoy en mi piso me acerco a la ventana. Ahora está toda la familia en la calle. También la madre, con un retoño en brazos. Suben todos al monovolumen. El hombre pone en marcha el motor, que gime lastimosamente, y el vehículo desaparece calle abajo

mientras va dejando un rastro de humo oscuro, que se evapora con la misma facilidad con la que deben haberlo hecho sus sueños.

Pasados tres días una de mis fotografías, la del rostro afligido de la niña dentro del vehículo cargado, aparece en la portada de un conocido periódico. Sabía que la imagen era buena y la he podido vender a un buen precio. “Las víctimas económicas de la Covid”, dice el titular. El artículo habla de las muchas personas que por culpa de la pandemia han perdido sus negocios. Y las más afectadas, como siempre, son las que menos tienen.

Meses después de la publicación me dan un premio de fotoperiodismo. Finalmente he conseguido lo que tanto buscaba. Mi foto aparece en muchas más portadas. He triunfado, pero no me siento plenamente satisfecho. Me duele ver el rostro infeliz de la niña y me pregunto en qué barrio polvoriento, caótico y miserable de su país debe estar en ese momento mientras su “regalo” me reporta a

mi fama y dinero.

Pasados unos días me llama una mujer de los servicios sociales. Dice que quiere hablar conmigo urgentemente de un asunto que hace referencia a la fotografía. Pregunto de qué se trata, pero no quiere anticiparme ninguna información.

Una vez me hallo en su despacho, es ella quien hace las preguntas. Quiere saber que sé de la niña. Le respondo cuanto puedo decirle. Cuando acabo, me explica un suceso terrible. La pequeña Aída, ese es su nombre, es la única superviviente de un grave accidente de tráfico ocurrido hace unos meses. Tan solo sufrió rasguños y magulladuras, pero ha quedado afectada psicológicamente. No habla y no reacciona ante ningún estímulo. Desde que salió del hospital no ha dicho ni una sola palabra. Se halla en los servicios de acogida porque no han podido localizar a nadie que se pueda hacer cargo de ella. Ni en España ni en Marruecos, y al ver mi

fotografía en los periódicos pensó que quizás yo podría ayudarles. Estoy conmocionado por la noticia. Así, pues, tuvieron un final todavía más triste del que se podía prever. Respondo que no puedo decirle nada más, pero me gustaría hacer algo por la niña y pregunto si puedo verla.

El centro de acogida es un lugar aséptico, de paredes blancas y luces frías. Me conducen a una habitación dónde únicamente hay una mesa y dos sillas, como en las salas de interrogatorios de las películas. Aída entra poco después de la mano de su cuidadora. La mujer la invita a sentarse frente a mí y me advierte de su mudez. Se aleja unos pasos y adopta una actitud de espera apoyando su espalda contra la pared. La niña y yo nos miramos. Sus hermosos ojos.... Por perfectas que sean mis fotos, es imposible reflejar tanta belleza sobre el papel. Pero ahora sus ojos no expresan nada. Su mirada es vacía. Creía que quizás reaccionaría al verme, pero no lo hace. No le provocho ninguna emoción. El rostro donde

hace unos meses vi enfado, tristeza e incluso complicidad a través de una sonrisa es como el de una muñeca, sin vida. No sé qué decir, no sé qué hacer por ella. La educadora intenta ayudarme. Le habla, le pregunta si no me reconoce, pero la niña está ausente. Se me ocurre algo. Abro mi bolsa, saco la cámara y la dejo sobre la mesa. Transcurren unos largos segundos. La pequeña mira el objeto, aunque sin ningún interés. La educadora menea la cabeza, negando. Dando a entender que no hay nada que hacer. Era mi última esperanza. Cojo la cámara y la guardo en la bolsa. Me despido de Aída acariciándole la mejilla y me dirijo hacia la puerta. Pero cuando estoy a punto de salir, de repente la cuidadora me llama. Espere, espere, mire, dice. Me giro y veo a la pequeña con el brazo extendido hacia mí. Me acerco enseguida a ella, y ella misma abre mi bolsa, hurga dentro y saca la cámara. Es increíble, es..., es..., murmura la cuidadora emocionada, sin hallar las palabras. Cómo si le hubiesen devuelto el

alma, digo yo. La niña me mira. Sonríe. Sus ojos han cobrado vida. Me reconoce. Se acuerda de mí. Sabe quién soy. De repente levanta la cámara y me enfoca con el objetivo. Pone un dedo sobre el botón y dispara. Una, dos, tres veces. Me ha capturado. Para siempre.